AÑO I.º — NUM. 1 ENERO DE 1908 — 1913 Octubr

III # 27



NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO PSICOLOGÍA, ETC.

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidos para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

(FRANZ HARTMANN).

COLABORADORES:

SRES. LEON FERNÁNDEZ GUARDIA, ENRIQUE J. NUÑEZ, J. S. GONZÁLEZ R., WALTER J. FIELD, TOMÁS POVEDANO.

EDITOR:

LEÓN FERNÁNDEZ GUARDIA

DIRECTOR:

TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN, EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.
APARTADO NÚMERO 220

SUMARIO:

IMPRENTA DE AVELINO ALSINA

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFIA, HERMETISMO, ORIENTALISMO, PSICOLOGIA, ETC.

AÑO I—VI SAN JOSÉ, COSTA RICA, ENERO DE 1908 | NUM. 1—27

Octubre 1913

A nuestros lectores

La presente Revista, que no publicaremos á fecha fija, sino cuando los quehaceres y los medios de que disponen sus colaboradores lo permitan, viene á llenar, á juicio nuestro, una necesidad para esta República, donde al igual que en los países más adelantados, comienzan los hombres que miran más allá de los intereses ordinarios de la vida, á preocuparse de estudiar el por qué y el cómo de las cosas.

La obscura noche de la Edad Media se hundió con sus restricciones del pensamiento. Ahora, no obstante las penumbras que dejara tras sí, y que por todas partes nos rodean, se va reconociendo universalmente que el más rudimentario principio de la equidad impone el deber de facilitar libres sen-

deros á la expansión de ideas; y como quiera que cada escuela tribuye el privilegio de encontrarse en pción de la Verdad, es bueno que puedan por los ser comparados los conceptos particres sobre que basan respectivamente tan cluyente pretensión. No hay mayor soa que el de dar por rebatidos tales ó cua principios filosóficos, científicos ó religos, y declararlos cuando reaparecen, fue de oportunidad, porque se le figuró así ualquiera que se considere una eminencia, creyeran también los parciales de la mism aberlos dado por muertos y fenecidos. Las as no mueren, sino que evolucionan; se ocul n temporalmente, como las semillas en el se de la tierra, para fructificar y propagarse espués; desaparecen periódicamente com los soles, y como ellos, tras cada aurora, se vantan explendorosas para proseguir vi cando los mundos creadores del pensamien. Las ideas han tenido y tienen que seguir iendo contradictorias en este mundo, porqu las inteligencias de los hombres tuvieron sipre diverso nivel de percepción. La humaidad no realiza su evolución en conjunto y e igual manera que se efectúa la madurez en un campo de trigo, sino que ahora unos y lego otros de los seres que la constituyen, an realizando, parcial y libremente, sus fines progresivos, hasta que cada cual se hace apto para contemplar

la Verdad sin velos. El concurso de todos los esfuerzos intelectuales se hace tan necesario al conjunto social, como lo es para cualquiera organización parcial la concurrencia armoniosa de todos sus componentes. Dice á este propósito uno de los escritores materialistas más radicales de la actualidad:

«En los dominios del pensamiento humano pasa un fenómeno muy notable. Los que lo cultivan, aunque sea en un sentido erróneo, siempre producen un beneficio. Pitágoras, queriendo encontrar el símbolo abstracto del EN SÍ de las cosas, hizo adelantar de una manera prodigiosa las matemáticas. Sócrates queriendo esclavizar el hombre á una moral impuesta, le reveló el alto poder de su conciencia propia, y le enseñó á generalizar y á desprenderse del egoismo particularista. Platón creó sólo por su arte de hablar, sólo por su armonía oratoria, sólo por su dialéctica ordenada, las palabras, «las expresiones psicológicas» que faltaban para marcar y comprender la superioridad del ser humano, etc.»

Creyendo con las anteriores reflexiones haber justificado el derecho que nos asiste de hacer oir nuestra modesta opinión por medio de esta Revista, á los que en la culta sociedad costarricense quieran oirla, pasamos á otro orden de pensamientos.

Un error de apreciación, por demás justificable, ha venido haciéndole creer á la mayo-

ría de las gentes que el presente es el día de las grandes realizaciones del adelanto, cuando más bien concurre todo á demostrar que es el final de uno de los períodos de transición que registra la historia, los cuales se distinguen por su carácter esencialmente demoledor. En efecto: si examinamos el campo de la moderna filosofía, lo vemos convertido en un maremagnum, en un laberinto sin salida, de entre el cual se levanta por brevísimo tiempo, no lo que más vale, sino lo que más impresiona, lo que más fuerte suena. Las instituciones seculares se hunden en el desprestigio, y las creencias más arraigadas las siguen en su caída, si no se mantienen por la imposición ó por la inercia de las costumbres; el espíritu de disociación, y el particularismo cunden, debilitando el esfuerzo colectivo; en el concepto del Derecho se prefiere la destreza á la rectitud; en el Arte, el desconcierto, la audacia sin sentido, la mediocridad, la aberración extravagante, pretenden concluir con todo principio racional de lo Bello, con el concepto de la Estética, con los cánones de proporción; pero de este caos, van sobresaliendo como promesas de un no lejano día del adelanto, descubrimientos que señalan derroteros más amplios para la Ciencia, nuevos conceptos al Derecho, y nociones olvidadas referentes á la razón de ser de la existencia, y de la evolución humanas, sus


T. Povedano.
S.M.A.G.P.
Gr. Maestro
indo.
F. Calderón

causas y consecuencias racionales, nociones que se conforman mejor con las nobles aspiraciones de la justicia y de su imperio necesario, el cual sería ilógico y funestísimo pretender descartar del Universo, cuyo inmortal espíritu se nos revela con elocuencia indiscutible, no sólo por convicción interior, sino que también por millones de hechos y fenómenos correspondientes al orden suprafísico.

Ahora bien, si son acertados estos puntos de vista, de acuerdo con ellos, venimos á prestar nuestro concurso á la labor del futuro, comenzando por proclamar que, en concepto nuestro, es el hombre una masa inerte, el instrumento pasivo de la fatalidad, en tanto que por el desarrollo de su más elevado discernimiento no se decide á utilizar los poderes á que tiene derecho, empleando para ello la palanca de Arquímedes, LA VOLUNTAD, dominadora del destino, el cual sólo impera fatalmente sobre la parte inferior y transitoria de la Naturaleza.

Nunca la inercia, jamás la prescindencia del cumplimiento de los deberes que á cada cual le están encomendados, como molécula que es del cuerpo social, nunca la irresolución, contribuyeron á las realizaciones del adelanto. No es dividiendo, es sumando como se acrecientan los poderes de las colectividades. No es creyendo en ese imposible mito que se llama muerte, como se progre-

sa, sino afirmando la realidad eterna de la Vida.

Por último: declaramos que no deseando emplear nuestro tiempo en polémicas inútiles, solamente prestaremos atención á los contrarios argumentos que puedan hacérsenos en forma decorosa, ó á las preguntas que se nos dirijan con sinceridad y rectitud de intención. Consignaremos también fuera del radio de nuestras especulaciones todo cuanto se conexione con la política.

Réstanos ofrecer el testimonio de nuestra atenta consideración á la prensa local, en cuyas columnas se ha prestado en ocasiones diversas noble acogida á la expresión de las ideas que sustentamos, y saludar al afortunado pueblo de Costa Rica, el cual sobresale entre tantos otros por su proverbial tolerancia, y por el culto fecundo y ejemplar que rinde ante el ara bienhechora de la Paz.

Por la Redacción,

Tomás Povedano.

Un grande hombre del Oriente

En el *Heraldo* de Nueva York, correspondiente al domingo, 4 de octubre de 1903, se dió publicidad á un interesante artículo, con ilustraciones, entre las cuales figuraba un retrato del conocido Mahatma S. Agamya G. P., Maestro eminente de la antigua Sabiduría de la India.

También reproducimos otro artículo relativo á tan elevado personaje que fué publicado en el periódico *The World* en mayo del año que acaba de expirar, y del cual tomamos el retrato que encabeza estas líneas.

Decía así el *Heraldo:*

«*El puede detener los latidos de su corazón.*»

«*El Mahatma indo considera su gran poder de suspensión vital, como un mero juego de niños.*»

«*Lo que él busca en Nueva York.*»

«Es ciertamente una cosa maravillosa», dice el doctor S. Barnett. «Este hombre ha establecido, indiscutiblemente, una inhibición de la acción de

su nervio pneumogástrico. Su pulso, que hace apenas un minuto, era lleno, fuerte y regular, y que batía á razón de 74 pulsaciones por minuto, se debilitó después y se retardó durante cerca de 5 segundos, hasta que cesó por completo por un período de otros cinco más. Luego, aparentemente por su propia voluntad, comenzó de nuevo á batir normalmente. Yo nunca he visto ni oído cosa semejante, excepto en las historias de los indos que hacen maravillas, pero antes, nunca lo había creído.

«Le incomoda á usted,» continuó dirigiéndose al señor que le había dado esta notable exhibición de sus poderes. «Le molesta á usted que yo use el estetóscopo?» «No, ciertamente,» fué la respuesta. «Usted ha venido para ver lo que yo puedo hacer; haga usted cuantas pruebas guste.

En consecuencia, el Doctor ajustó su estetóscopo y escuchó atentamente. A una señal dada, el Mahatma—porque era realmente un Mahatma con quien se estaba experimentando—suspendió de nuevo los latidos de su corazón por un período de 5 largos segundos.

«Yo he oído latir normalmente su corazón», —dijo el médico cuando hubo concluído esta prueba,—«hasta que le dije que parase»; entonces se debilitó, y á medida que el pulso se hacía más débil, parecía que no existía circulación de la sangre. Sin embargo, yo pude oir un ligero murmullo como proveniente de gran distancia, pero me parecía evidente que ningún impulso de la sangre tenía lugar.»

*
* *

Una prueba cuidadosamente efectuada

Esta prueba se hizo en presencia de un repórter del Herald, en un cuarto amueblado de una casa de huéspedes de las más humildes, en la Calle 28 Oeste.—Se tomó la precaución de obtener un testimonio médico, de manera que pudiese ser demostrado si este hombre que pretendía ser capaz de suspender los latidos de su corazón á voluntad, podía efectivamente hacerlo ó no.

Absolutamente no puede caber duda alguna de que le es posible hacerlo. En cuanto al carácter maravilloso del hecho, son más capaces de juzgar los médicos que los legos; pero noventa y nueve médicos de entre cien, dirán que el hecho en cuestión es una imposibilidad.

Sin embargo, no es esta la opinión del Mahatma... El sonreía bondadosamente, y dijo que eso no valía nada. «Tales cosas, añadió, son para los chiquitos. —Yo no vine á América sólo para esto.—Yo puedo hacer muchas experiencias de esta clase. Ellas son la ciencia práctica de la Filosofía Yoga. Pero yo no he venido á excitar la admiración de los ignorantes, sino á enseñar á los sabios.»

No obstante, El fué suficientemente bondadoso para explicar tanto como podía ser explicado á los no iniciados, cómo puede realizarse este aparente milagro.

«El aliento es la fuerza; nosotros respiramos quince veces en un minuto.»

«Diez y ocho calculamos nosotros que es la respiración normal, interrumpió el doctor Barnett.»

«No, son quince, dijo el Mahatma; y hubo alguna discusión.»

«Esto hace 21,600 respiraciones en el día», continuó el Mahatma refiriéndose á su indicación anterior. «Ahora yo decido tomar la fuerza de cierto número de respiraciones y retenerlas en mí mismo. Primeramente retengo mi aliento en el estómago, después en el pecho, y luego en la retina.»

«¿En qué?» preguntó el médico.

«En la retina, (repitió el Mahatma señalando exactamente el entrecejo) el lugar en el cual se juntan mis ojos.»

«El quiere dar á entender la comisura del nervio óptico,» explicó el doctor.

«Después, deteniendo mi aliento, paso yo del cuerpo físico al cuerpo mental y desde éste al causal. Entonces todas las cosas me son posibles: yo puedo ver y oir las cosas á gran distancia, yo puedo ir lejos.»

«Aún á las estrellas?» se le preguntó.

«Sí, á cualquier punto á través del espacio.»

«¿Es esto lo que los teosofistas llaman el cuerpo astral?»

*
* *

El cuerpo mental y el cuerpo causal

«Sí, este es el cuerpo mental; y más allá está el cuerpo causal. Pero cuando yo estoy allí, las funciones del cuerpo físico cesan. Yo puedo hacer esto, si me preparo, durante todo un día; pero hoy he comido, y si prolongo esta condición, el kilo me haría daño.»

Fuera de esto, el Mahatma no se preocupó de discutir el aspecto físico de su religión. Hay sin em-

bargo, completa evidencia de su capacidad para hacer lo que aquí se dice; porque en la «Vida y Cartas de Federico Max Müller», página 413, se contiene una relación de la visita del Mahatma al gran sabio inglés, en la cual se dice que el reverendo G. Estlín Carpenter, un amigo de Max Müller, comprobó la suspensión de su movimiento cardíaco, y que F. W. Myer y el doctor Hodgson, en Cambridge, comprobaron una suspensión de 30 segundos.

Por otra parte, el carácter del Mahatma está plenamente descrito en el mismo libro, según el cual aparece que el profesor Müller lo califica como un «sanscritista de primer orden,» é indiscutiblemente, como un hombre del más alto grado de intelectualidad y el único santo genuino, ó Yogui, que ha estado jamás en Inglaterra, del mismo modo que hoy, fuera de toda duda, es el único que ha venido á América.

. . . .

«Un Mahatma, (prosigue diciendo el Sabio indo) es uno que ha aprendido los Misterios. El, no solamente ha dominado la filosofía yoga—que es ciencia práctica—y puede mediante ella hacer muchas cosas que son extrañas para los pueblos que no entienden de ello, sino que es capaz de aprender los misterios del Universo, dejando su cuerpo físico y prosiguiendo sus estudios cuando El está en su cuerpo causal.»

. . . .

Prosiguió diciendo: «En un libro que aquí tengo, se explica todo esto; está escrito en sanscrito y puede ser traducido por mí al inglés.»

Con referencia á este punto diré yo, que es muy grande el conocimiento que el Mahatma tiene del inglés. El habla en un tono curioso, fuerte y monótono la mayor parte del tiempo, como si exhortara;

produciendo su pronunciación cierto eco particular en los oídos no acostumbrados; pero su vocabulario es extenso y la selección de sus palabras excelente.

«¿Por qué dejó usted su país?» se le preguntó.

«Porque yo he oído hablar mucho respecto de América. Este es un pueblo bueno en lo que se refiere á las cosas materiales; vosotros sois muy prósperos en cuanto al dinero; pero en lo referente á las cosas espirituales sois ignorantes. Así, pues, yo vengo á daros mis riquezas que no son materiales. Si pudiese encontrar algún discípulo, siquiera uno, que fuese capaz de estudiar y aprender conmigo, sería suficiente; pero si no encuentro uno sólo capaz de entender las altas verdades, entonces esperaré la caída de América.»

. . . .

«Pero ¿que se propone usted enseñar?»

«Si usted fuera mi discípulo, yo le enseñaría la Filosofía Yoga; primero le daría un proceso de la misma, ejecutando yo lo que usted tenía que hacer. Enseguida, si usted continuaba mis enseñanzas y práctica, alcanzaría el resultado: no diré qué resultado habría de ser este; pero escribiéndome usted á la India, yo conocería cuales habían sido sus progresos. Después yo le haría seguir otro y otro proceso, hasta cinco, y cuando hubiese usted dominado los cinco, tendría una perfecta y eterna bienaventuranza.»

Es imposible describir de qué modo fué hecha esta extraordinaria aserción; pero el Mahatma se sonrió bondadosamente cuando sus auditores lanzaron exclamaciones de asombro. Para El, evidentemente, era una cosa vieja y conocida.

«¿Pero, cuál es su religión?, se le preguntó.»

«Es la Aria, sobre la cual están fundadas todas las religiones del mundo.» Y entonces se puso á ex-

plicar, como se ha explicado millones de veces, la antigua doctrina del Karma, y la consecución del Nirvana como la última recompensa. También enseñó la doctrina de la transmigración de las almas, pero de un modo que hacía aparecer mezquinas las ideas de Pitágoras.

Según el Mahatma, el alma que es incapaz de encontrar la verdadera luz en este mundo, no pasa de vida á vida en esta tierra, sino que se resuelve en un átomo al final de la destrucción del mundo y permanece como tal hasta la próxima creación. Hablando, usó la palabra Dios, y fué prontamente preguntado qué era lo que entendía por El.

«Es difícil definir á Dios»—dijo, y entró en una larga explicación que ninguno de sus auditores pudo entender.

«En respuesta á cuestiones categóricas, negó que Dios fuese una persona, un individuo; más bien era Dios una condición que abrazaba la omnisciencia. Y no parecía ser para él difícil el comprender cómo una condición pudiese ser omnisciente.»

Cuando el repórter del *Herald* se despidió, el Mahatma dijo: que permanecería probablemente muy poco tiempo en New York, y que ciertamente no daría conferencias, porque no tenía deseos de encontrar sino á aquellos que estuviesen preparados para recibir personal y reservadamente sus enseñanzas.

El hombre sabio de Oriente
que deseara reformar
New York

El es el Mahatma,... más grande que los reyes, con miles de adeptos, y que aconsejará á la Metrópoli como puede curarse de su iniquidad.

Del misterioso Oriente ha venido un hombre cuya grandeza, es mayor que la de los Rajahs y los Reyes, ante quien se postran en adoración millones de discípulos, y á quien se considera en los altos círculos sociales como un poder del universo.

El es Agamya... el Mahatma, alto Jefe de los Ascetas indos del Manto Amarillo...

El Mahatma ha venido aquí, por la vía de Londres.—Su misión, conocida de muy pocos, está encaminada parcialmente á instruir en su fé á algunos estudiantes.—Es el invitado y huésped de una Comisión de prominentes y ricos neoyorkinos, entre los cuales está el presidente de una de las grandes compañías de seguros de vida, los cuales han puesto á su disposición una casa en la Calle 39 Este, en la que vivirá por un mes, siendo atendido por su

Secretario y cocinero y visitado por sus discípulos, de los que según parece hay muchos en esta ciudad.

Mahatma es un término indo que significa un hombre sabio (*), y se usa también para significar un Maestro espiritual. En literatura, el Mahatma aparece siempre como un Mago (verdadero).

*
* *

Escuela extraña de los Mahatmas

En la vecindad de los Himalayas hay una selva de belleza extraordinaria á donde los estudiantes del Yoguismo se dirigen con el objeto de dedicarse á la contemplación, de acuerdo con las reglas ó métodos prescritos en la Filosofía Védica. De entre estos estudiantes, suelen desarrollarse de cuando en cuando algunos Grandes Maestros. Estos Mahatmas se distinguen por la gran simplicidad y pureza de sus vidas: por su integridad y benevolencia. Están sobre todo credo: son superiores á toda religión: creen haber descubierto los misterios del universo: viven en realidad en otro mundo. . . . .
. . . .

Los Mahatmas de la India nunca entran á los templos y se oponen al ascetismo excesivo, á que tanto se entregan los brahmines fanáticos. Estos Maestros de la Verdad no buscan estudiantes, pero aquellos que los solicitan como tales, son instruidos de la manera más cariñosa y sencilla, sin que se les exija ningún cambio de fe religiosa, ni en sus hábitos de vida. Es la teoría y la práctica del Mahatma

---

(*) Significa Grande Alma: MAH grande, ATMA alma.

el ejercitar el desarrollo de la mente y su dominio por la voluntad, y sus lecciones tienden á que se vea de día en día con mayor claridad espiritual, para lograr que descienda sobre el discípulo la inspiración. Es éste, entre los Mahatmas de la India, el más conspicuo. Nació de familia rica, y desde temprana edad dió muestras de la elevada inteligencia, con que asombró á sus padres y vecinos. Una vez, siendo aun muy joven, abandonó su casa de manera repentina para dirigirse al cementerio de Benares y allí dedicarse á la contemplación, lo que hizo durante tres días consecutivos, pero habiéndose antes despojado de todo aquello que pudiera recordarle el mundo y sus egoísmos. Sordo á las súplicas de la familia, resolvió al terminar este período retirarse del mundo.

Sin compañeros, casi desnudo y sin alimento hizo viaje á los Himalayas, en donde permaneció quince años, alimentándose tan sólo de los productos vegetales de la foresta y sin ropa para protegerse de las inclemencias del tiempo. Durante ese intervalo, nunca vió otro ser humano, ni oyó la voz del hombre. Una vez, habiéndose elevado á grande altura, permaneció sentado sobre la nieve por veinticuatro horas sin sentir frío ni haber sufrido por ello malas consecuencias. Rodeado por bestias feroces y serpientes muy venenosas, no se dejó dominar por el miedo ni nunca recibió daño alguno de las salvajes fieras. Por último, encontró el «sendero» y habiendo adquirido altos poderes, alcanzados solamente por muy pocos, regresó al mundo, en donde desde luego fué considerado como un nuevo Jefe. En la India se le conoce con el nombre del Mahatma Tigre, en atención á su fuerza hercúlea, y se dice que en una ocasión despedazó un tigre que le atacó, y llama la atención el observar hoy día como, á pesar del nin-

gún ejercicio que hace, conserva la gran fuerza física que le distingue.

El «Mahatma Tigre,» físicamente, no aparenta lo que es, un asceta. Es alto, de vigorosa contestura, y da muestras de haber sido un hombre muy bien alimentado toda su vida, y no obstante la circunstancia de que sólo hace una comida diariamente, que consiste en pan y vegetales con curry, posee la fuerza de un atleta en constante ejercicio de preparación. Verdaderamente se puede decir de él que irradia vitalidad, de tal manera, que tiene aspecto de joven, á pesar de sus setenta años cumplidos. Su dentadura es blanca, firme y conservada, su forma erecta, y su paso, el de un joven, activo. Con frecuencia, en los últimos años, ha hecho excursiones en los Himalayas por doce horas consecutivas, caminando en este tiempo cincuenta millas, que es la jornada en aquel país, que hacen los jóvenes fuertes.

Las obscuras y austeras facciones características del Mahatma, realzadas por su blanco turbante, las modifica cuando están en reposo, su mirada resplandeciente y chispeante, llena de buen humor. En cada uno de sus movimientos muestra su educación refinada y la alta alcurnia de su nacimiento. Sus manos perfectamente cuidadas, largas y bien hechas, constituyen cuando habla, un elocuente auxiliar de sus palabras.

Cuando el Mahatma resolvió hacer su viaje al extranjero, empaquetó todas sus pertenencias y sin dinero, se fué á la costa con sus servidores y se sentó sobre su equipaje. Antes de mucho tiempo se le proveyó de su pasaje sin que lo pidiera ó comprara, pues el Mahatma nunca acepta dinero ni aun lo toca. Llegó á París, y de allí se dirigió á Inglaterra, al parecer con la misma maravillosa fortuna de su

viaje anterior. Cuando hubo llegado á este lugar decidió ir á Oxford con el objeto de visitar á Max Müeller, el famoso orientalista. Müeller, inmediatamente reconoció el alto rango de su visitante y extendiendo ambas manos juntas á palma cerrada, exclamó: «¡Oh, Mahatma!»

El Mahatma levantó ambas manos sobre su cabeza y mirando al célebre orientalista, contestó impresionado:

«Mr. Müeller, veo sobre usted extendida la mano de la muerte, que le llama; su tiempo es corto, alístese.»

Mrs. Müeller, al oir esto se desmayó.

Después de un momento de silencio Mr. Müeller dijo con suavidad: «Le agradezco, Mahatma, le agradezco y desde luego arreglaré mis asuntos con el fin de prepararme para lo que usted ve ante mí; pero, ¿ha comido usted?» «Hace tres días,» replicó el Mahatma. Entonces Mr. Müeller mandó preparar una colación adecuada á las costumbres del Mahatma.

Diez días después, Mr. Müeller había dejado de existir.

El Mahatma es un yogui que ha desarrollado todos sus poderes por medio de la práctica del Yoguismo, lo que significa, según la definición dada por él, el completo dominio de las vibraciones de la mente. Este dominio perfecto desenvuelve admirables poderes. Los Maestros del Yoguismo dicen que cuando la mente se domina por completo se desarrollan sus poderes inherentes hasta el grado de conquistar los dones ocultos, que son la base de las historias de los milagros practicados en la India. El Mahatma no los llama milagros y dice que esa palabra pretenciosa no se encuentra en sus escrituras ni en sus enseñanzas.

«Nosotros no enviamos nuestro Espíritu fuera de

nuestros cuerpos, porque no podemos hacerlo,» nos dijo con deliciosa franqueza. «El Espíritu no puede moverse con semejante independencia. Puede juzgarse que se nota algo así como el movimiento del Espíritu; pero es pura ilusión. Es el Espíritu como la luz que se refleja sobre las aguas, que cuando estas se mueven, parece que la luz juguetea siguiendo sus ondulaciones, pero es pura ilusión.»

Preguntado recientemente lo que creía sobre el regreso de las almas de los muertos, dijo el Mahatma:

«El alma nunca regresa: no puede. Si es un alma perfecta, se confunde con la Seidad, de donde procede, y si imperfecta, reencarna en la tierra.»

Hablando de los poderes de la mente, dijo el Mahatma:

Enseña el dominio de la mente

Comparándolos, el mundo entero es una gota de agua, y la mente, el océano. La mente todo lo domina y crea todas las cosas, y el dominio de mi cuerpo, que todos admiran, no es nada y cualquiera puede con tiempo, aprender á dominarlo como yo.

Para los hombres de ciencia, es un verdadero enigma el dominio que el Mahatma tiene sobre su cuerpo, dominio que demostró en una experiencia ante médicos prominentes de Londres. En esa experiencia el Mahatma suspendió durante media hora toda señal de vida, y los médicos, no obstante haber aplicado todas las comprobaciones científicas para el caso, no pudieron encontrar siquiera trazas de animación. Dice el Mahatma que en este estado puede permanecer por un tiempo indefinido y recobrar á voluntad su perdida animación.

En otro experimento, el Mahatma, con una mano, dominó á C. B. Frye, campeón de los atletas generales de Inglaterra, de tal suerte, que parecía hacer perder toda su fuerza al atleta, en cuanto lo tocaba. Frye, no podía explicar lo que le pasaba; pero dijo que sentía una sensación horrible de hormigueo que lo inutilizaba.

La opinión del Mahatma respecto de las ideas religiosas y sociales de Occidente, es única y especial. Las caracteriza de mentiras; todas mentiras, dice, inventadas con el objeto de hacer dinero. Todas aquellas sociedades especiales que se hacen pagar sus publicaciones y que cobran la admisión á sus conferencias, deben considerarse desde luego como mentirosas. Ningún Maestro verdadero de nuestra filosofía, acepta dinero por sus enseñanzas.

Dice el Mahatma, que él ahora está viviendo en su última reencarnación y que cuando pague con su cuerpo su tributo á la madre tierra, su espíritu se convertirá en un átomo glorioso de la vida divina que anima el universo.

El sabe la hora de su muerte y podría vaticinar la de cualesquiera, pero no lo hace, porque no debe hacerlo. Las religiones, dice, tienen como único valor la propiedad de dominio sobre los pueblos no desarrollados espiritualmente; y llama á las personas que no han adquirido la sabiduría del propio dominio, «hombres salvajes.» La religión es para estas gentes prisiones mentales que los encadena, evitando así que hagan el mal. El viene aquí como maestro avanzado de la alta filosofía que romperá las puertas de estas prisiones, libertando la mente humana de toda suerte de superstición.

Conferencia Teosófica

Rectificación al positivismo

Señoras y Señores:

Al dar principio á mi disertación, debo manifestar la complacencia con que miro á este Ateneo, donde se hace posible exponer sin reparo alguno las ideas más contradictorias, puesto que ellas son acogidas por un público tolerante y benévolo que sabe sobreponerse á las sugestiones de su propio criterio, para recoger del ageno los destellos más ó menos luminosos de la anhelada y perseguida verdad. En mi sentir, esta cualidad es el más elocuente testimonio de que Costa Rica se encuentra en posesión de facultades intelectivas de un orden superior, á pesar de las influencias enervadoras que, según aquí se ha manifestado, ejercen sobre la especie humana las energías de los calores tropicales.

Lo que de estas desfavorables condiciones del medio para el desarrollo de la mente haya de cierto, lo dejo al estudio de los analistas y á las conclusiones de la Estadística; pero antes, sólo haré unas preguntas:

¿La India, el Egipto, Grecia, han cambiado de lugar con relación á los puntos cardinales desde los

tiempos históricos? Si nó, aceptado el principio de las influencias del medio, ¿en qué consiste que en sus respectivos días de apogeo abundaran en aquellas naciones las más grandes inteligencias, en tanto que hoy se hallan éstas limitadas á tan reducido número? ¿No dependerán más bien tales alternativas de la acción de la ley de causalidad que la Teosofía postula con el nombre de Karma? Para mí, sin desconocer en absoluto el principio supuesto, de que el medio sea un factor no despreciable del adelanto, tengo por cierto que no hay punto alguno del Globo donde no puedan ser bien desenvueltas nuestras más elevadas posibilidades intelectuales; porque no convengo en que éstas se encuentren sometidas, en cuanto á su desarrollo, á las mismas leyes que regulan el crecimiento de las hortalizas.

Confiado, pues, en la inteligencia y la bondad de mi auditorio; conducido por circunstancias que no han dependido de mi voluntad, vengo, no á tratar de imponer—que las ideas no pueden imponerse, —sino á llevar á cabo la defensa de mis ideales tan duramente atacados por el llamado positivismo científico, en apoyo del cual se han emitido aquí las más extrañas ideas, confundiendo el fetichismo, las realidades y las alucinaciones de ciertas escuelas, con los bien establecidos principios de la Filosofía y los de la ciencia verdadera.

A la ciencia imparcial, equilibrada y justa, que conoce lo que sabe y lo que ignora, que emplea sus adelantos en el círculo de lo visible para el bien de todos los seres, y que no niega la existencia de estados de la materia pertenecientes á un orden suprafísico, ni impide con veto autoritario que se proceda á estudiarlo y á comprenderlo, á esta ciencia, le rindo mi sincero homenaje.

Séame ahora permitido exponer algunas conside-

raciones que justifiquen cuál es el alcance de mis actuales propósitos.

Aunque pudiera considerarme herido por ciertas alusiones directas y tal vez poco meditadas del conferenciante señor Calvo, no lo estoy, ni abrigo contra él ninguna clase de prevenciones. Considero que su apasionado discurso pudo ser inspirado por los más puros móviles. El señor Calvo, habiendo observado á qué aflictivos extremos llegan los pueblos cuando son dominados por ciertos misticismos inconscientes, debió sentirse lleno de fervoroso ardor contra todo lo que le pareciera que revestía caracteres de misterioso, y así atacó el temible fantasma, sin reparar en que no lo había, y sin echar cuenta en los medios que para ello empleara.

Yo, que tengo la convicción de que no ha de haber misterio insondable para el hombre, y que las sombras no se destruyen á cañonazos ni con palabras fuertes, sino llevando á ellas la luz,—*objeto fundamental de la Teosofía*,—vuelvo aquí por los fueros de la misma y dispuesto á rebatir el positivismo científico, del cual fuí yo también algo partidario en un tiempo en que procedía más por el impulso ciego del sentimiento, que por el del sereno raciocinio. Entonces no había tenido todavía ocasión de apreciar ciertos hechos concluyentes del orden suprafísico, que pude comprobar después, ni tampoco la oportunidad ni los medios de entender muchas cosas que aclaran y evidencian los propósitos admirables, que en un caos aparente de contradicciones, son realizados por las leyes del Universo.

Pero antes de proseguir, yo ruego que no se olvide que respeto y considero al señor Calvo, y que reconozco su derecho á juzgar de las cosas de acuerdo con su leal saber y entender. Mi actitud, por lo tanto, no obedecerá á móviles personales, lo cual esta-

blecería un funesto precedente en este Centro de la serena lucha de las ideas, que tan bien habla en favor del adelanto de Costa Rica.

Esto sentado, recordaré lo que le dije al señor Calvo al felicitarle por su talento y por el éxito de su conferencia: «Le felicito, aunque en opiniones estemos frente á frente.»

Volviendo al concepto del fetichismo, sabemos que este culto propio de las razas infantiles é inconscientes, consiste en revestir á cualquiera figurilla ó cosa que venga más á mano, de atributos extraordinarios y de poderes maravillosos, buenos ó malos, y de encontrar la manera de captarse los favores y disipar el enojo de la supuesta, improvisada deidad. Pues bien, con este culto grosero se ha pretendido confundir á la ciencia que tiene por lema: «No hay religión más elevada que la verdad,» llamada Teosofía, la cual, de acuerdo con tan puros móviles, trabaja por descubrir el fundamento de todos los cultos, en unir en un lazo de amor fraternal á todos los hombres de todos los pueblos, cualesquiera que sean sus creencias, raza ó color, y en despertar los poderes ocultos, latentes en la Naturaleza y en el hombre.

¿Pero, existen en realidad tales poderes? Según el positivismo científico, peca de degenerado todo aquel que se permita expecular en apoyo de la realidad de los mismos. Pobre desquite éste de adjetivar tan á tontas y locas, para vano consuelo de esta escuela impenitente, cuyas hipótesis se hunden unas tras otras como castillos de naipes al toque incontrastable de la varilla mágica de los hechos, entre el fárrago inmenso de nombres greco-latinos con que entretiene su decadencia irreparable.

Para explanar por completo las ideas que me propongo mantener, necesitaría, no de una, sino de

muchas y repetidas conferencias. Las ideas teosóficas no caben en moldes estrechos, ni son fácilmente adaptables á todas las inteligencias, ya por que se oponen á su comprensión los prejuicios de las creencias antagónicas, ó en razón de que la mayoría de las gentes encuentra más cómodo el confiar á un escaso número de investigadores la resolución de estos árduos problemas, que no el de emplear el tiempo en darles por sí mismos solución. Y luego, lo que muchos se dicen: Estas son presunciones antigüas, cosas en las que no se nos pidió consejo,—que sepamos, —y lo antiguo, necesariamente ha de ser asunto de poca monta, etc., etc. Y en efecto, ¿importa alguna cosa el saber, cuando se examina el pasado con imparcialidad y justicia, que la actual civilización, excepto en detalles particulares, está en sus albores con relación á las civilizaciones de otras edades? Si el modernismo pudiera, renovaría la luz del sol, renovaría las fuentes de la existencia, ambas cosas tan antiguas, para limpiarlos de la ofensiva mancha de su *vetusta* é inconsulta antigüedad!...

La refutación de las ideas positivistas, la de la supuesta importancia que se atribuyen sus adeptos no es cuestión muy difícil: bastarán para ello algunas consideraciones generales, y comparar sus principios y los resultados que se desprenden de los mismos, con los principios y los resultados de la Ciencia que han tenido la pretensión de rebatir.

¿Nos hablaba nuestro digno consocio el señor Calvo de la unidad de la materia? Pues las enseñanzas de la que despectivamente llamó «vetusta Teosofía», sostienen también el principio de «la unidad en el Todo manifestado, visible ó invisible, físico ó supra-físico, pudiendo afirmar que los cuerpos planetarios son cual moléculas de un sólo cuerpo sidéreo; que todas las formas son detalles constituti-

vos de la Forma Una, y que toda chispa de mentalidad es como célula de la Mente Cósmica.» Recusa la Teosofía toda idea de creación, porque la creación hace suponer *la no existencia anterior*, la absurda nada; absurdo en que coinciden ciertas religiones con el positivismo, quiera éste ó no quiera que así sea, puesto que de lo contrario, tendría que afirmar con nosotros la idea de la inmortalidad del principio y esencia eternos de las cosas, del Espíritu que anima, que es la vida y la realidad de todos los seres visibles é invisibles; porque como dice el Bhagavad Gita; «Todo lo que haya tenido un principio debe tener un fin, y todo lo que no puede terminar, tampoco pudo jamás haber comenzado.» «Las causalidades fundamentales carecen de principio y fin; existen de toda eternidad, y cada desaparición de sus efectos nos anuncia una próxima reaparición. Todas las causalidades son espirituales, y la Causa sin causa que las resume, engloba y penetra, es el Espíritu Universal, el Ser Unico en el fondo de todas las cosas, que se diversifica según lo que anima, así como un sólo fuego, sin dejar de ser uno, se hace diverso según lo que quema.»

El Universo manifestado, el mundo de las formas, como mutable y transitorio que es, no tiene más que una realidad relativa y condicional. «El Espíritu es el todo, el Ser Unico, el Ser Solo existente,» merced al cual la fuerza-materia manifiesta ese gran kaleidoscopio que los materialistas toman por la única realidad, sin lograr caer en cuenta de que sus aspectos son solamente estados pasajeros de conciencia; estados promovidos por la voluntad del Espíritu con el fin de que las formas sirvan de medio revelador en lo finito, de las cualidades latentes en la Esencia fundamental, Alma del Universo. La forma es la expresión de la Inteligencia cósmica,

del Alma del Mundo. La actividad creadora de los gérmenes fundamentales de los seres, cuando entra en acción, determina los tipos atómicos que sirven de base á la constitución de todas las criaturas, y los átomos agregándose se convierten en moléculas, éstas en células, éstas en tejidos y los tejidos en órganos susceptibles en sus desarrollos superiores de servir de instrumentos reveladores de la inteligencia Superior de qué proceden, sin cuyo concurso las energías formativas sólo podrían producir conglomerados informes. De esta Inteligencia Superior es un destello la que culmina en el hombre, cada vez más radiante y explendorosa á medida que asciende en la escala inmensa de la evolución.

Volviendo al concepto de fuerza-materia, llamaré la atención sobre el hecho admitido de que los elementos primordiales de los seres se hallan sometidos á la doble acción atractiva y repulsiva, sin las cuales no podrían formarse los átomos. ¿Y de dónde proceden los elementos atómicos? ¿De dónde la posibilidad de la energía que los constituye? ¿De la absurda nada? No, proceden, de la Esencia generadora de todos los seres, en la cual existen todas las posibilidades: la propiedad de la fuerza, la cual por la atracción produce la masa plasticible, y de ella por la repulsión, las formas particulares, y la propiedad de la Inteligencia, que todo lo ordena, como llevo dicho.

La ciencia oficial, la ciencia positivista, que se considera á si misma como el factor único posible del adelanto, viene sufriendo fracaso tras fracaso sin darse cuenta de ello. Hasta hace muy poco no ha aceptado difinitivamente la existencia del éter que siempre ha afirmado nuestra Escuela.

Esta ciencia, que no acepta como evidente nada que no caiga bajo el dominio de sus análisis, de sus

deficientes instrumentos de comprobación,—los cuales no alcanzan á descubrir el modo de ser de la materia etérea, ni permiten percibir ni pesar el átomo;—no cayendo en la cuenta de que se contradice á si misma, acepta el concepto de la existencia de la materia etérea y del átomo, sin fijarse en que la una y el otro proceden de las antiguas nociones del saber hermético. Pero como el átomo no se acomodara á los hipotéticos puntos de vista del positivismo científico, porque pertenece por completo al dominio de la metafísica, lo amolda á sus fines, suponiéndolo no elástico é indivisible, á lo que Butlerof contesta :

«Sin elasticidad no podrían los átomos manifestar su energía, y la Sustancia de los materialistas quedaría privada de toda fuerza... No hay elasticidad posible sin cambio con respecto á las partículas compuestas de un cuerpo elástico... la elasticidad sólo puede pertenecer á aquellos cuerpos que son divisibles, y el átomo es elástico.»

De aquí resulta la dificultad para la ciencia positivista, de que al convenir con la elasticidad y división de los átomos, da entrada á modos posibles de ser de la materia que sobrepasan al dominio de lo físico; y de nó, se hacen inexplicables los cambios universales de la energía.

Hablando Leadbeater del último átomo, establece esta conclusión interesante: «Cuando hemos llegado al último átomo físico, vemos que sólo es un átomo en cuanto al plano físico se refiere. No podemos dividirlo ya más, conservando al mismo tiempo la materia en estado físico. Sin embargo, puede ser dividido; pero cuando esto sucede, la materia pertenece ya á un reino completamente distinto, pues forma parte del mundo invisible.» Este reino, el de la naturaleza inteligible, la suprafísica,—prosigo yo

diciendo,—se encuentra ahora ante la ciencia oficial en idéntico caso en que para los sabios de Salamanca se encontró el mundo de Colón; pero no les ocurre lo mismo á ciertas almas humanas más adelantadas, porque estas disponen de alas para penetrar en los mares admirables que conducen á la otra orilla, arriban á ella, aunque sin autorización oficial, y allí esperan con los brazos abiertos á sus obstinados impugnadores.

El positivismo científico, por espíritu de sistema, condenó á Mesmer como impostor, y hoy Mesmer triunfa en toda la línea. Se burló de los fenómenos del espiritismo, y estos aparecen por todas partes y atraen hacia su estudio á las más aventajadas inteligencias; negó la trasmisión del pensamiento á distancia, y esto es ya un hecho cuya comprobación sólo exige un poco de paciencia por parte de los que se propongan experimentar, siempre que llenen una condición nniversal y necesaria: la de que entre los experimentadores haya dos cualidades, activa la una y pasiva la otra; una voluntad activa que trasmita la idea, y una pasividad que la reciba.

En vista del desconocimiento en que parece hallarse la escuela que rebato, de los adelantos alcanzados en el trascurso de unos cuantos lustros en la investigación de los poderes extraordinarios ó anormales, latentes en el hombre, cabe preguntarse si esta escuela vive en la realidad. Si vive en ella, ¿cómo es que sus apasionados sectarios consideran amenaza de los pueblos, rémoras del adelanto, á experimentadores de la talla de los Crookes, de los Rochas, Zollner, Aksakof, Chiaia, Gibier, Lombroso y tantos y tantos otros que no enumero, y que han figurado y figuran en primera línea en el árduo terreno de la Ciencia, la cual les debe, entre otros muchos adelantos, el descubrimiento de nuevos es-

tados de la materia negados antes por el positivismo, la traslación de la sensibilidad á distancia, la alteración de peso en los cuerpos, la exteriorización de la motilidad, la psicometría, etc., etc? Para el estudio de ésta última, la psicometría, puede verse la importante obra publicada por Willian Denton, bajo el título «El alma de las cosas», en la cual se encuentra el modo de proceder. Dice Buchanau, que su primera experiencia fué en este orden de estudios llevada á efecto con una carta escrita por un individuo cualquiera, y que el sujeto psicómetra, mirando la letra, describió el carácter de su autor de un modo minucioso, llegando en ocasiones por igual medio, á hacer también la descripción exacta del aspecto físico del mismo.

Un objeto impregnado del magnetismo de un individuo, vitalizado por él, si empleo la frase adoptada, puede conservar por tiempo indefinido como impresas en sí las cualidades de su vitalizador, las cuales, aparecen con claridad asombrosa cuando se estimulan para ello; y yo afirmo la verdad de esta clase de fenómenos,—que espero ver con qué nombre serán clasificados por el materialismo, á falta de poderlos explicar;—y digo que la afirmo, porque no siendo partidario de hablar de lo que no entiendo y compruebo por mi mismo, he conseguido ante personas imparciales, algunas aquí presentes, realizar experiencias de esta índole con más de un sujeto improvisado, y sin que él ni los circunstantes al acto supieran de qué se iba á tratar, alcanzando el resultado más lisonjero. Para satisfacer la natural curiosidad, daré conocimiento del proceso de una de éstas experiencias.

De entre mi pequeña colección de antigüedades procedentes del Ecuador, tomé un idolito encontrado en una huaca, sin que ninguno de los circunstan-

tes supiera lo que yo hacía: lo envolví en un papel, y ocultándolo en el hueco de mi mano, lo coloqué á distancia de una pulgada, poco más ó menos, sobre la cabeza del sujeto dispuesto para la experimentación, y no magnetizado: le pedí sólo que procurase reconcentrarse lo posible en sí mismo, y yo, por mi parte, reduje mi actividad á la voluntad de que el fenómeno requerido pudiese efectuarse sin tropiezo alguno. Pasados unos minutos, se nos describió la forma del idolillo, cómo y dónde fué construído, el enterramiento de donde se estrajo allá en una alta cumbre, y al par, los tipos y los trajes pintorescos de sus contemporáneos los antiguos adoradores del sol. ¿Que todo pudo ser una sugestión hipnótica? En todo caso la sugestión cambiaría de camino, porque la historia referida fué lo menos que yo me pude imaginar. ¡Como en todo ello no hubiese intervenido el socorrido subconsciente!...

Se dice y con razón, hasta por la ciencia positivista, que existe una memoria de la Naturaleza, la cual, dicha ciencia trata de explicarse de un modo muy distinto de como lo entiende mi escuela que no se considera con derecho á despreciar las sabias enseñanzas de otros días, sino que aceptando de las mismas lo más evidente, agrega á ellas los resultados de su estudio propio. Así ha alcanzado la certidumbre—que á nadie le impone,—de que el Universo es viviente, que nada muere en él, sino que todo se transforma; que no hay nada inorgánico, sino estados diversos ocasionados por maneras distintas de vibración, y que en esta vida universal, Alma de las cosas, es donde residen en estado de latencia las memorias de lo que fué, y de donde despiertan al toque mágico de la voluntad diestramente empleada, así como brota la chispa al golpe del acero sobre la piedra, y se exterioriza el fuego

que parece dormido, pero que arde y circula invisible por todo lo existente.

La Ciencia positivista, radica la memoria en las células cerebrales, lo cual podría ser más ó menos comprensible, colocándonos en su punto de vista, si no nos afirmase luego con los fisiólogos, que cada siete años sufren nuestros cuerpos una completa y radical transformación celular, cosa que yo acepto también.

En vista de ello, séame permitido preguntar: ¿qué hicieron de su depósito de memorias las células cerebrales cuando fueron separándose de nuestros cuerpos? Se me dirá, apelando á lo hipotético: «trasmitirlo á las que vinieron á sucederles.» ¡Ah, las células!... Pero ¿con qué derecho, esa ciencia que no admite más conclusiones que las que resultan de la experimentación directa en el plano objetivo, en el terreno físico, dá como ciertas é indiscutibles esas premisas de la radicación de la memoria en lugares á donde no alcanza su percepción? ¿En virtud de qué derecho trata de imponer esos sus malaventurados subconscientes, creaciones meramente imaginarias, que no responden á las exigencias de la lógica, ni á clase alguna de realidad? Todo el artificio inconsistente del positivismo cae por su base cuando se considera que, siendo las células iguales en su forma y en sus elementos constitutivos [redacted], no podrían dar origen á las apariencias diversas que revisten los seres, si una inteligencia no les diese la distribución necesaria.

En su afán innovador, el positivismo llega hasta á pretender que no palpite el corazón á impulsos del divino ritmo del amor hacia todo lo bueno, lo bello y lo generoso: esos sentimientos deben, á juicio suyo, ser transferidos á los nervios... ¿Pero acaso los nervios llenan otras funciones que las de hilos tras-

misores de la sensación ó de la idea? ¿De qué servirían tales mecanismos si las corrientes que pasan por ellos no fuesen recogidas, y comprendidas sus significaciones por el verdadero hombre, el hombre interno, y lanzadas por él á realizar los mandatos de la voluntad? En cambio, el corazón, es como si dijéramos, el sol central del pequeño mundo hombre, el acumulador de las energías vitales, sin cuyo concurso no podrían existir las demás partes del cuerpo. Por eso, á juicio mío, supuso la sabia antigüedad colocada en centro tan noble la causa de nuestros más elevados sentimientos.

¿Y qué diremos de esos hombres telégrafos, meros aparatos sensoriales del positivismo, que al no contener un alma, un telegrafista que leyera en sus cerebros los partes recibidos, quedarían limitados á la condición de máquinas inútiles? Porque, para aceptar la hipótesis de que las funciones del entendimiento se producen por generación expontánea en la materia gris, se necesita una docilidad de criterio pasmosa...

A nosotros se nos enseña, que las diversas clases de vibraciones que la mente va produciendo en ese elemento receptor, la materia gris, modifican gradualmente su delicadeza receptiva, amplían sus canales, lo cual resulta comprensible; pero, que la máquina sea también el maquinista?...

Por no pecar de inconsiderado dejaré de tratar de muchas confirmaciones que vienen en apoyo de las aseveraciones de la Teosofía por recientes descubrimientos científicos, los cuales caen dentro del dominio, tanto de la física como de la metafísica. Sólo mencionaré que, con el descubrimiento del radium, esa fuente perenne de energía, que no sufre desgaste apreciable al trasmitir sin cesar sus radiaciones luminosas, se han derrumbado, al decir de fisiólo-

gos eminentes, las hipótesis mejor establecidas de la Ciencia experimental; y que las lámparas de luz inextinguible encontradas en antiguos sepulcros egipcios—de que tanto se burlara el positivismo—han encontrado con este descubrimiento su absoluta confirmación.

Pasando á otro punto: Sabemos que el materialismo da capital importancia á sus sistemas de análisis y experimentación. Sin caer en el extremo de negar la utilidad relativa *de los mismos*, diré que, en el arsenal inmenso de las memorias del alma, puede el hombre suficientemente evolucionado, encontrar soluciones inmediatas á mil problemas que, por los medios analíticos, se resuelven agotando caudales de energías, que la mayor parte de las veces no contribuyen á fin alguno práctico, y cuyos resultados se encuentran sometidos á la mayor ó menor altura del raciocinio de los experimentadores.

Dice «El Mundo Científico,» impugnando la importancia de método del análisis y la experimentación: «Resignarnos á consignar, nomenclaturar, hechos, experimentos, es pulverizar la Unidad del Cosmos y renunciar á la ciencia; es hacer un camino laberíntico y cerrado que no conduzca á ninguna parte, en vez de construir el camino directo hacia la ciudad de la ciencia, á la que pretendemos encaminarnos.

El haber visitado el principio del camino no nos exime de recorrerlo paso á paso hasta llegar á su fin, y el experimento de confrontación exige un conocimiento suficiente de la cosa inquirida como para poder cerciorarnos de su verdad sin experimento alguno, por la recíproca armonía de sus elementos lógicos ó de sus conceptos, y por su armonía de conjunto con otros conocimientos.

La parte de verdad y la parte de error serán fá-

cilmente separadas de este modo, como fácilmente se separa de una cantidad divisible por otra el período indivisible de lo restante de la cantidad, la cual luego, ya es divisible en períodos como aquél con que se compara...»

Y prosigue: «Se realizará la gran síntesis de los conocimientos; se llegará á principios generales, se observará una coincidencia extrema entre las ingenuidades expontáneas de las creencias, y las supremas conclusiones de la ciencia, como si aquellas fueran (son) una percepción sensitiva de éstas, y la especialidad será olvidada hasta en los epítomes de la enseñanza mental...

Análisis sin síntesis, inteligencia sin conciencia, experimentación sin filosofía; mirar sin ver, escuchar sin oir; pupila vidriosa de ciego, fija sin saber en qué, brillando á la luz, pero sin verla; falso sabio que lo analiza todo y no sabe nada...

El supremo fallo de la lógica puede pronunciarse antes que los hechos y por encima de ellos; y aun cuando en un momento histórico determinado, los hechos parecieran contravenir la ley filosófica, podemos asegurar que se debe á la influencia transversal *momentánea* de un factor extraño, y que la ley se cumple á pesar de todo, oculta bajo la apariencia de lo contrario en la propia actualidad, ó en potencia para futuras expansiones.»

Dejando ahora este punto, volveré al de los fenómenos psíquicos.

Estos, si generalmente han sido mal comprendidos de los espiritistas, se encuentran comprobados en el estudio imparcial de la antigüedad, en todos los tiempos y en todos los pueblos, y actualmente entran en el orden de una realidad de tal naturaleza, que sólo una obstinación sin sentido podría desconocerla. Independientemente de lo que de estos

fenómenos se asegura por las más honorables entidades científicas, yo he podido por mi mismo comprobar su existencia; pero no obstante de ello, como quiera que tengo la evidencia de que, sobre ser sumamente peligrosa la provocación de tales fenómenos, éstos proceden casi siempre de causas muy distintas, y son muy otra cosa de lo que el espiritismo supone, aprovecho esta oportunidad para repetir aquí lo que tengo manifestado á este propósito de palabra y por escrito: que no soy espiritista ni podría de ninguna manera llegar á serlo. Esto no impide que, como los espiritistas, crea yo en la antigua idea de la reencarnación de las almas y en la circunstancial aparición de las mismas, porque nada se opone á que se repita una y mil veces el hecho de venir á esta vida, ya que ha podido efectuarse por esta vez el fenómeno; y sobre todo, y muy especialmente, porque sin el auxilio de esa escala de los renacimientos, que coloca á todos los seres en la posibilidad de alcanzar todas las perfecciones, sería la creación el asiento de la injusticia, la negación de la ley moral, y es absolutamente imposible que la injusticia impere en el Universo, donde «La Inteligencia hace la Evolución, la Justicia la dirije, y el Amor la anima.»

En cuanto á los espiritistas añadiré que, así como otros exploradores, merecen ellos también la gratitud humana, porque pasando sobre todos los obstáculos, haciendo caso omiso del pueril horror y de las burlas del fanatismo y de la ignorancia, han tenido el valor de aventurarse por amor á la verdad y al bien, á penetrar en el torbellino del mundo astral, en las profundidades misteriosas de la naturaleza generalmente desconocida.

Cabe aquí ahora, puesto que hablamos hace poco de renacimientos, el decir algo respecto al concepto

teosófico de la reencarnación del alma, de ese Principio superior del hombre (el verdadero hombre en nosotros), Principio ó alma que se reduce para el materialismo á un estado ó energía especial de la materia, alcanzado por un proceso incomprensible de *lo menos* á *lo más*.

La Teosofía señala á este respecto la imposibilidad de que *lo más* se origine de *lo menos*. Ninguna cosa puede dar lo que en ella no esté contenido. Las semillas contienen en su seno, aunque invisibles á nuestros sentidos físicos, los gérmenes propulsores de la futura planta, con todas sus cualidades; y si no existieran tales gérmenes en la semilla en estado de latencia, las semillas serían estériles. Sostener otra cosa es volver al principio insostenible de la creación ex-nihilo.

Pero volviendo á mi tema, ¿no existe contrasentido manifiesto, falta de consecuencia, en predicar la necesidad de un orden progresivo en el desenvolvimiento de los seres naturales, perecederos, al mismo tiempo que se desconoce igual necesidad en aquello que les es esencial y permanente? ¿Si las formas deben progresar, puede haber razón para que no progresen y se desenvuelvan nuestros sentidos y nuestras cualidades de un orden superior? Las formas no son, no pueden ser otra cosa que los instrumentos que se construye el alma para realizar su evolución hacia el Principio de que procede; y como el proceso ascendente es obra tan lenta, las almas dejan unos cuerpos para luego tomar otros más conformes con sus necesidades futuras; y de aquí el principio de la reencarnación, base de toda racional filosofía y fundamento necesario de la Eterna Justicia.

No debe confundirse la doctrina de la metempsicosis con el concepto de la reencarnación.

La metempsicosis se refiere, no al Ego humano, el alma progresiva, sino á los átomos que constituyen su cuerpo. «Se pretendía, dice á este propósito Elena Petrona Blawatsky, refiriéndose al antiguo Egipto, que por lo menos durante tres mil años, la monia, á pesar de todas las preparaciones químicas, continuaba emitiendo invisibles átomos que, desde la muerte iban penetrando en los diversos torbellinos fluídicos del ser, y pasaban por todas las variedades de la vida orgánica.» «Lo que de este modo trasmigra no es el alma,» etc.

Así se comprende que los átomos en referencia, impulsados por la ley de afinidad, si pertenecieron á cuerpos humanos degradados, propendan á buscar en sus emigraciones la unión con sus afines en los çuerpos de los animales inferiores. La reencarnación, pues, no es la metempsicosis.

La doctrina de la reencarnación es de antiquísimo origen: fué y es mantenida en la India. En el magnífico canto el Bhagavad Gita, le dice Krisna á Arjuna: «Estos cuerpos que aquí ves, frágiles y sujetos á disolución, no son otra cosa que simples envolturas del Espíritu eterno, indestructible é inconmensurable que mora en cada uno de ellos...

Yo mismo jamás he dejado de existir, ni estos caudillos que aquí ves, ni en adelante ninguno de vosotros, dejará de existir.»

En el Egipto, en la Caldea, entre los celtas, en la Antigua,—en la Magna Grecia,—en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, en Roma, en todas partes, se sostuvo esta enseñanza, que aún constituye la base de las creencias para la inmensa mayoría de la humanidad, punto al cual le daremos otro día mayor extensión.

En el discurso de Anquísis á su hijo Eneas, el

príncipe troyano pone de manifiesto el concepto de la reencarnación del siguiente modo:

«Maravillado de la extraña escena,
Medroso Eneas, á entender aspira
Qué es aquella corriente tan serena;
Quién la infinita multitud que gira
A par del río, y sus florestas llena.
El padre Anquísis respondióle: «Mira:
Antiguas almas, á quien guarda el hado
Nuevos velos corpóreos, nuevo estado.»

Por último: Los más grandes filósofos, los más grandes pensadores antiguos y modernos, han sido partidarios de esta enseñanza.

¿Y cómo sin ella podrían explicarse las desigualdades humanas, el atraso, la miseria intelectual, moral y física de los unos, contrastando con el talento, las riquezas, la belleza y las virtudes de los otros?

De no ser todo lo existente un caos, sin causa, finalidad, ni sentido alguno, hay que convenir, en que sólo por medio de repetidos nacimientos es como las almas han de encontrar la oportunidad de crearse estados superiores de existencia, hasta alcanzar la meta de la perfección.

Así nosotros (los de mi escuela), cuando contemplamos sumido en la desgracia á un ser humano, vemos en él á un peregrino hermano nuestro, á un alma que va pasando por las amargas experiencias que ya habremos pasado, ó que talvez tengamos que pasar, y recordamos el deber que nos llama á prestarle socorro.

Reservándome para otra oportunidad el tratar con la extensión que se requiere de los puntos que á vuela pluma dejo mencionados, entraré á considerar las consecuencias que se derivan de la preponderancia de las ideas del positivismo, ó de las de la Teo-

sofía, con respecto al verdadero adelanto de los hombres y de los pueblos. Veámoslas.

En los tiempos de Antonio y Marco Aurelio, una rama de la Filosofía la de los Estoicos, encontró la ocasión de ejercer su ascendiente moral, y la consecuencia inmediata fué la gran época de la famosa «Paz Romana,» y desde entonces (dice Elicée Reclus), «los hombres no han encontrado un ciclo de la historia que represente la misma ordenación, la misma belleza armónica en todos sus elementos esenciales.»

¿Y qué tuvo que ver, se me podrá replicar, la filosofía de los estoicos con la de la Teosofía? Comparémoslas. La Teosofía aspira al restablecimiento de la fraternidad universal. Séneca (estoico) no reconocía por patria sino el recinto del Universo. Zenón (estoico) decía: «No es la familia ni la ciudad lo que une á los hombres entre sí, es la virtud. ¿No se desprende por la paridad de enseñanzas la identidad de origen? Una porción de escuelas filosóficas y entre ellas las de los estoicos, han sido derivaciones de la Teosofía.

Decía el Estoicismo (como nosotros): «Todos los hombres se componen de los mismos sentidos, y la misma razón (en potencia), y son salidos del mismo Principio Supremo, semejantes entre sí y originariamente iguales. La Naturaleza prescribe al hombre el deber de ayudar á sus semejantes, estando todos los hombres reunidos en una sociedad de amor.»

Jamás, dice el citado autor, la alta doctrina de los estoicos fué profesada en ningún país por mayor número de pensadores, ni tuvo una acción tan considerable sobre la dirección moral de la sociedad. Los estoicos veían en el conjunto del mundo una ciudad, común á los hombres y á los dioses.

¿Y qué diremos de la influencia social de la escuela que rebato?

El materialismo, ó la ciencia llamada positiva, promueve el predominio de las tendencias individualizadoras, creyendo lograr este fin generalizando en lo posible la instrucción, y no repara en que sin el ennoblecimiento de sus cualidades superiores, puede el hombre ser muy ilustrado al par que muy perverso, y en que el exagerado concepto de la individualidad es un verdadero disolvente del cuerpo social. Bajo la influencia de tales ideas se va desatando en los niños el dulce lazo del amor para con sus padres, instructores y maestros, y el egoísmo seca sus corazones. El interés social se le hace incomprensible. Consecuencia: ¿Puede ser otra que la anarquía?...

Creyendo en una existencia pasajera y sin resultado ulterior, ¿no es lógico el procurar hacerla lo más grata posible? Y cómo puede conciliarse este punto de vista con el deber de sacrificarnos en parte en beneficio de los demás? ¿Puede resultar de todo ello otra cosa que el triunfo del egoísmo? ¿Y es á esta clase de adelanto, que culmina en la absorción de los capitales del mundo por algunas hábiles manos, y en el predominio de la fuerza bruta sobre el derecho, merced al poderío de máquinas infernales de destrucción, al que quieren se le preste homenaje, y en cuyo nombre se solicita de los Gobiernos la persecución de los que buscan el predominio de la moral y de la justicia, y el conocimiento efectivo del por qué y el cómo de las cosas? ¿Son degenerados los que pretenden sacrificar sus comodidades, su tranquilidad, los que le hacen frente al revuelto mar de las pasiones enemigas mirando sólo al bien de todos los seres? ¿Lo son aquellos que no titubean en ir á explorar la tie-

rra y los cielos, para alcanzar el fuego divino del conocimiento?

«La ciencia moderna ¿es como la verdadera ciencia, la realización del amor universal? Lo es el progreso?... Podrán afirmarlo así los inciensadores de todo lo moderno,—dice un sabio indo—los modernólatras. Pero, ¿acaso, á esa ciencia y ese progreso no los vemos con solemne indiferencia pasar con el carro de Kali sobre montones de víctimas, practicando el apostolado... de la bayoneta, prosecutora de la lanza y el tormento, con el cual las cruzadas y la Inquisición abrieron paso al cristianismo? ¿Conocemos algo tan despiadado como esa civilización que abandona al artesano decrépito á la mendicidad, como arroja á los cerdos el consumido cuerpo del noble caballo tras largos años de inapreciables servicios? ¿Existe algo tan execrable, una profanación tan mostruosa, tan irritante, como aplicar las divinas matemáticas á los cálculos de la balística?...

A los vicios antiguos cambiados de forma, se han añadido otros exclusivamente modernos, de los cuales tenemos aún la osadía de enorgullecernos. Sólo en una época de suma perversión moral, han podido los hombres esforzarse en caer, para luego llamarse á si mismos *decadentes*, con estulta vanidad.»

Pudiéramos decir que ya el hombre no es el amigo, el hermano del hombre (hablo siempre en términos generales). A todo se sobrepone el propio interés. Tratándose del vecino se exigen todas las perfecciones; perfecciones que no se compaginan gran cosa con el estado actual del adelanto de nuestra raza. Reclámanse de los poderes públicos resoluciones salvadoras que no pueden dar las más de las veces, porque éstas contrastan con el impulso

heterogéneo, egoísta y parcial, que se desprende de la masa gobernada; exigimos de las creencias luces que casi se han extinguido, y que lastimarían nuestros ojos acostumbrados al crepúsculo... y como es consiguiente, de todo este maremágnum, de esta Caja de Pandora, se levanta sobre los pueblos un hálito deprimente y mortal... Las naciones claman por una paz que no desean. Se malgastan caudales de energías en armadas y ejércitos que afligen con su peso mares y tierra, y el Alma del mundo llena de pesadumbre se extremece en convulsiones que hunden á los pueblos, sobre cuyos escombros, se levanta y flamea la roja y pavorosa antorcha de los volcanes.

¿El remedio? El remedio de tantos males se encuentra en ir cambiando el rumbo que nos guía; en mirar menos á nuestro yo personal, y más á aquel Espíritu común de vida que es la realidad esencial de todos los seres; en educar y no sólo instruir; en llenarse la mente con las nociones del deber; en abrir horizontes á las percepciones del alma; en creer en una justicia divina, para poder esperar en la justicia humana. Consiste en no mirar con indiferencia las necesidades agenas, las del obrero, las del menesteroso y el criminal; en cumplir con ellos nuestro deber de hermanos mayores, dignificándolos con la enseñanza y con el ejemplo; en hacerles comprender que todos los oficios son necesarios para el concierto social; en amarlos y defenderlos, tratando de evitar que el individualismo y el exceso de máquinas los convierta en un factor inútil, ó destructor de la vida de las naciones.

¡Paz, altruismo, sabiduría sin restricciones de escuela, amplia, soberana, física y metafísica, en la que puedan conciliarse los adelantos del pasado con

los del presente, y se abran anchos senderos á las posibilidades del porvenir? Tales son las aspiraciones de la Teosofía.

He dicho.

Tomás Povedano

NOTA.—Esta conferencia se refiere á la del señor don Federico G. Calvo, tal como éste dió lectura de ella en el Ateneo.

PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, y que actualmente cuenta con más de 600 Ramas extendidas por todo el mundo, tiene por objeto:

1º Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2º Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias, y otras Orientales.

3º Un tercer objeto—perseguido únicamente por un cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta, al entrar á formar parte de la Sociedad, cuales son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige á cada cual, antes de su admisión, la promesa

de practicar para con los demás miembros, la misma tolerancia que para sí quiere.

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía á este propósito: «Si habláis de la TEOSOFÍA, contesto que, así como ha existido eternamente á través del los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir, porque la TEOSOFÍA es sinónima de la VERDAD ETERNA.»